

— EL SUPERVIVIENTE —

Sanderson saltó hacia los árboles. Sus pies descalzos resbalaban y se escurrían sobre la tierra húmeda por la lluvia del día anterior. Le dolían los pies, sentía latigazos en la espalda, la cabeza a punto de explotar. Uno de sus pies se enredó en una raíz que sobresalía del suelo, cayó cuan largo era y a punto estuvo de abrirse la cabeza contra una piedra.

Inmóvil, jadeando, dolorido y exhausto, escudriñó entre los árboles, allí donde las sombras cada vez eran más profundas.

Patterson estaba muerto. Él mismo le había visto caer unos minutos atrás. Le habían rodeado y no había podido hacer nada para evitar que se le echaran encima. Sanderson había escuchado sus gritos; le habían perseguido mientras corría dando manotazos entre las ramas, sin saber siquiera qué dirección estaba siguiendo. No tenía manera de saber qué había sido del resto del grupo. Si le hubieran pedido que apostara, Sanderson entregaría todas sus fichas a que no quedaba ninguno con vida.

Era duro, era el mundo en el que les había tocado vivir. Tampoco es que fuera el mejor grupo con el que Sanderson había coincidido, y convivido, durante los últimos meses.

Tal vez tendría que haber intentado regresar, haber comprobado si alguno de ellos necesitaba su ayuda, pero si algo había aprendido desde que el mundo se convirtió en el erial plagado de monstruos que era ahora, era que uno nunca caminaba en la dirección en que estaban los gritos. Todo lo contrario; corría para alejarse de ellos.

Los sentía, estaban allí, en el bosque, por todas partes. Notaba que se movían entre los árboles. Allí, a su izquierda, algo gemía, un sonido gutural y hambriento. Siempre estaban hambrientos.

Intentando ser lo más silencioso posible, se puso en pie. Varias gotas de sudor le resbalaron por la cara. Una rama crujió a su espalda y se giró rápido. Unas manos se abalanzaron sobre él, seguidas de una boca ensangrentada y cargada de dientes famélicos y putrefactos.

—Oh, joder — murmuró. Se lanzó hacia un lado, su pie se enredó de nuevo con la misma raíz con la que había tropezado un momento antes y cayó al suelo una vez más. Perdió horizontalidad y rodó por una pequeña pendiente llena de barro y rocas que le golpearon en las costillas y los hombros. Estaba seguro de que en cualquier momento los dientes se hincarían en su carne y la desgarrarían hasta dar con el hueso. Inhaló aire con un silbido, se empujó hacia arriba con los brazos para ponerse en pie de nuevo. La criatura había caído al suelo por la pendiente, ya se estaba levantando de nuevo, no le perdía de vista. Sanderson se echó a un lado, una finta digna de un jugador de fútbol, y utilizó el tronco de un árbol para poner distancia entre él y aquella cosa. Se asomó por el lado contrario y vio a aquel tipo, que en su tiempo debió ser alguien con una vida anodina y común, gruñir mientras corría hacia él. Agarró una rama baja y tiró de ella con fuerza hasta partirla. Ahora tenía un arma, no era gran cosa, pero al menos le serviría para defenderse. Justo a tiempo, la criatura rodeó el árbol, gruñendo. La rama se estrelló contra su cabeza y le arrojó contra el grueso tronco.

Sanderson apretó los dientes. Se permitió el lujo de pensar que eso era todo, la alegría no le duró más de unos segundos. La criatura le miró, sus ojos refulgiendo de furia, y sin dar un momento de respiro, volvió a la carga. Esta vez sus manos se enredaron en la ropa de Sanderson. Este retrocedió, echó la cabeza hacia atrás para huir del chasquido mortal de sus mandíbulas. Ambos cayeron juntos al barro, enredados como amantes rodaron por la pendiente, el uno intentando arañar y morder, el otro rezando por su vida y tratando de escabullirse. Sanderson se golpeó la cabeza contra el suelo, tan fuerte que supo que si salía de esa le dolería durante horas, tal vez incluso durante días. El barro se le metía en la boca y en los ojos, obligándole a cerrarlos y a perder de vista la posición de la mandíbula del otro. Resbalaban pendiente abajo, el bosque giraba a su alrededor y Sanderson batallaba contra sus músculos doloridos y contra la fuerza de la criatura.

Entrevió lo que se acercaba a ellos a toda velocidad. O más bien al revés, porque eran ellos los que se deslizaban en su dirección. Intentó agarrarse a la tierra con una mano mientras usaba la otra para mantener lejos de sí los dientes del tipo muerto. Solo encontró barro que se deshacía entre sus dedos. El acantilado estaba cada vez más cerca.

Gritó; su mano chocó contra algo y se agarró con toda la fuerza que le restaba en el cuerpo. Era un pequeño árbol que estaba naciendo al borde del acantilado. Su cuerpo giró, con la criatura encima de él, y se balanceó en el vacío cuando perdió contacto con la tierra. La otra mano salió despedida en dirección contraria por la inercia y la criatura abrió la boca al tiempo que echaba la

cabeza hacia delante. Sus dientes se cerraron y atraparon, como un perro de presa, la tela desgajada de la camisa de Sanderson. Las costuras cedieron y se abrieron. La criatura, sin entender que aquello era lo único que le mantenía en el aire, abrió de nuevo los dientes para morder otra vez, esta vez mejor, esta vez con carne. La gravedad hizo su trabajo y le atrajo hacia las rocas de la montaña. Sanderson le vio chocar, rebotar, salir despedido, estrellarse de nuevo, las extremidades desmadejadas como las de un muñeco, un golpe, otro, uno más y finalmente, el suelo. No volvió a levantarse.

—Dios —dijo—. Dios. —Seguía vivo, colgando de una sola mano de un arbolito que no parecía tener muchas ganas de seguir resistiendo su peso, con los pies colgando a una distancia de tal vez cincuenta o sesenta metros del suelo.

Intentó encaramarse. Casi le dieron ganas de ponerse a gritar cuando se dio cuenta de que no tenía la fuerza necesaria para izar su propio peso con un único brazo. No, teniendo en cuenta que hacía mucho, demasiado tiempo, que no comía como era debido. No, teniendo en cuenta que, aunque Sarah le había insistido una y otra vez, él se había resistido a ponerse a hacer ejercicio aduciendo que tenía muchas cosas que hacer y siempre encontraba algo mejor en lo que ocupar su tiempo, aunque ese algo mejor fuera tirarse en el sillón a jugar a la consola.

Los vicios se pagan. Eso era algo que siempre decía su madre. Mirando la pared escarpada del acantilado, la mancha de sangre que había dejado la cabeza de la criatura al reventar contra uno de los picos, Sanderson entendió el significado pleno de aquella frase. La caída era demasiado larga como para sobrevivir. La pregunta, entonces, era qué ocurriría antes: ¿cedería el árbol o su mano resbalaría y perdería el agarre?

Difícilmente iba a salir de esa. Ya había superado otras situaciones complicadas. Durante los últimos meses, la vida en general había sido complicada. Todo parecía amargo y sin sentido, penurias, tensión y muerte. Demasiada muerte, pero no para él. Le retumbaba la cabeza, le ardía el brazo y la mano se le estaba cansando. Tampoco tenía muchas más opciones. Balanceó su cuerpo hacia atrás y lo lanzó hacia delante. Sus pies arañaron la roca y la roca agrietó su piel. No sintió el dolor, no en comparación con el fuego en el que parecía arder su brazo. Una vez más, hacia atrás y hacia delante. Logró enroscar los dedos del pie derecho sobre un trozo de roca diminuto, lo suficiente para servirle de apoyo y permitirle impulsarse hacia arriba en el mismo momento en que su mano se escurría del árbol al que estaba sujeta. Manoteó en el abismo, casi como si se encontrara en gravedad cero, y

consiguió aferrarse al borde del acantilado. Empujó con los pies, gruñó y usó hasta la última gota de energía que le quedaba en los músculos.

Un momento después, estaba arriba.

—Estoy vivo —murmuró. El cuerpo temblando por el esfuerzo, la ropa hecha jirones, los pies ensangrentados, el pelo pegado a la cabeza por el sudor y el barro, tan sucio que casi habría podido pasar por parte del paisaje. Pero vivo. Una vez más, y contra todo pronóstico, Sanderson seguía con vida.

PRIMERA PARTE

LA LARGA MARCHA

— JAMES FRANCO —

Habría jurado que nunca volveríamos a vernos.

Sí, estaba bastante seguro de que aquella había sido la última vez. Y sin embargo, aquí estamos.

Por mi parte, no negaré que me ilusiona la posibilidad de volver a acompañarte en otro viaje. Espero que te hayas traído un buen impermeable. Ya sabes, la sangre salpica y este no es un mundo en el que falte sangre que sale disparada en todas direcciones. Sí, bien lo sabes.

No hay mucho que pueda decirte que no sepas ya. Sigue mis pasos y me aseguraré de enseñarte todo aquello que resulte relevante para el discurrir de la historia. Nada puede hacerte daño aquí, estamos a salvo, somos una suerte de testigos invisibles, espectadores de lo que ocurre. Hay que tener estómago, eso te lo aseguro, aunque tampoco hace falta que te asegure nada. A estas alturas del rodeo, eres tan experto en esto como lo puedo ser yo.

Te estarás preguntando dónde estamos. Ven conmigo, más allá de esos árboles encontraremos un camino por el que está a punto de pasar el grupo. Te preguntarás, *qué grupo*, y tienes toda la razón al hacerlo, porque acabas de caer por aquí y no sabes de qué te estoy hablando. Ven, habrá tiempo para todas las explicaciones que sean necesarias.

El camino es una antigua senda forestal que aparecía en la mayoría de las guías de senderismo de la zona. Hace un año, un guardia forestal la recorría periódicamente para asegurarse de que el camino se mantenía en condiciones de tránsito seguras. El paisaje, entre árboles de gran altura y forraje denso, parece sacado de la mente de Tolkien. No me negarás que es fácil sentirse un hobbit al lado de estos inmensos troncos. Harían falta dos o tres personas para rodear uno.

Pero a quién le importa, por supuesto. Hace once meses el virus conocido como *cuarto jinete* extendió sus alas y conquistó el mundo, poblándolo de muertos vivientes, sedientos de sangre y hambrientos de carne humana. Un virus de una virulencia nunca

vista, con una velocidad de infección tan alta que lo convertía en algo imparable. Los pocos que sobrevivieron a la primera oleada huyeron en todas direcciones y forcejearon para mantenerse con vida. Algo que, bien lo sabemos, no resultó sencillo.

Joe Sanderson podría estar de acuerdo conmigo. Estoy seguro de que has escuchado con atención su breve anécdota sobre aquella vez que estuvo a punto de precipitarse acantilado abajo. Tal vez podrías preguntárselo tú mismo si eso fuera posible, pero nosotros no estamos aquí para interactuar con ellos. Devoramos historias como los zombis devoran carne. Es nuestro alimento, ¿o no es así?

Ven, ya estamos aquí, en la senda, apenas un camino de tierra que la naturaleza empieza a reclamar como suyo. Y solo han pasado once meses. La humanidad siempre pensó que estaría aquí para siempre. Al paso que van las cosas, pronto será apenas un recuerdo borroso en la superficie de un planeta que, seguro, se alegrará de dejarnos atrás.

Atento, dejemos las conversaciones profundas para otro momento. Aunque no sé si tendremos más momentos a partir de ahora. Esto está a punto de comenzar y, bien lo sabes, cuando esto comienza, no frena. Atento, te digo, porque aparecerán por esa curva que ves ahí delante.

Ahí está. El hombre que va en cabeza responde al nombre de Steve Clarke. Por su aspecto, nadie diría que antes del apocalipsis fue dentista en un pequeño pueblo de Nevada. El pelo oscuro muestra hebras plateadas, está sucio y demasiado largo, enredado y despeinado. Los vaqueros están sucios y duros como el esparto, manchados de tierra y sangre seca. Hoy por hoy, es raro encontrar algo que no tenga manchas de sangre seca. Lleva una camiseta blanca que también ha visto mejores tiempos y una camisa abierta. Cruzada a la espalda, una escopeta de dos cañones. Al cinto carga un revólver, embutido entre el cinturón y el pantalón. Una tira negra le rodea el muslo izquierdo, con una funda en la cara externa de la que asoma el mango de un cuchillo de carnicero. También lleva una pequeña mochila de ciclista. Si pudiéramos echar un vistazo a su interior veríamos una cantimplora, una cuerda de casi diez metros y dos latas de comida en conserva cuya fecha de caducidad pasó hace casi veinte días.

Camina en silencio, atento a cuanto ocurre a su alrededor. Que allí, es poco o más bien nada. Un kilómetro atrás avistó un ciervo entre la espesura. Discutieron sobre la posibilidad de intentar cazarlo, al final desistieron porque no estaban convencidos de sus posibilidades. Una cosa es disparar a un muerto viviente que se te acerca a toda velocidad, a una distancia de pocos metros; otra muy diferente intentar alcanzar a un ser vivo que va a mantener contigo

siempre la distancia. Ninguno de ellos tiene experiencia como cazador. Además, como bien había argumentado Lena, el ruido del disparo atraería compañía indeseada.

Habían contemplado el ciervo en silencio. Maravillados por la belleza de su porte, por su magnificencia. Salivando ante la simple idea de lo que podría suponer cenar esa noche carne fresca. Al final, Steve les había dicho que sería mejor reemprender la marcha. Él ejercía el papel de líder del grupo. No había votaciones y tampoco discusiones al respecto. Alguien tenía que tomar las decisiones y la forma natural, en este caso, había sido que lo hiciera él.

Un par de metros por detrás caminan Ewan Flint y Joe Sanderson. No podrían ser más diferentes. Ewan no tiene ni veinte años, su aspecto es hosco debido al ceño que lleva siempre fruncido como si todo en la vida le pareciera mal, es un chico de pocas palabras y de carácter introvertido que suele contemplar el mundo con la cabeza medio agachada y casi al acecho entre mechones de su propio pelo grasiento. A Joe, de hecho, le resulta inquietante.

—Me lo imagino sentado en un rincón —le había dicho a Steve dos noches atrás mientras Ewan roncaba algo más allá—, el típico niño solitario que no habla con nadie y del que todos se burlan. Soñando con el día en que descubrirá una molécula importante, o grabará un disco superventas y hará que el mundo se arrodille a sus pies. —Porque así era Joe, todo lo contrario que Ewan Flint, quien una vez que abría la boca las palabras salían de ella como una metralleta—. Al final el mundo les pertenece a ellos, a los nerds, a los frikis, a los raros de cojones. Las pasan putas en el colegio, sobreviven como pueden, pero son los que estudian mientras los demás pasamos los días intentando meternos entre las piernas de alguna compañera, o jugando al fútbol americano, emborrachándonos... ¿cuál eras tú?

—Me gustaban las fiestas —había confesado Steve con cierta ensoñación. Recordando, seguro, tiempos pasados que habían sido mejores.

—Oh, y a mí. A mí también me gustaba una buena fiesta. Y las chicas. Me volvían loco, joder. Pero al final, son ellos —señaló el bulto acurrucado y ruidoso que dormía a un par de metros de ellos— los que estudian. Y como estudian, son los que salen adelante. Los que crean Windows, Apple, Facebook y todas esas mierdas. Los que llenan estadios con sus letras de desamores y profundidades a las que los seres humanos normales no accedemos con facilidad. A ellos les adoramos cuando somos adultos, es la venganza de los nerds.

—La tuya es una visión curiosa del mundo, Joe.

La suya es una visión curiosa del mundo, eso no lo vamos a negar.

—Yo me pasé el primer año de universidad persiguiendo bragas y fiestas de hermandades. Si le dediqué más del diez por ciento de mi esfuerzo al estudio ya me parece demasiado —aseguró Joe—. Luego me eché novia, Sarah. ¿Te he hablado de Sarah?

—No.

—Recuérdame que te hable de ella en otro momento. He perdido la cuenta de a quién le he hablado de esto o de aquello.

Steve había asentido sin demasiado interés. Joe Sanderson le caía bien, pero a fin de cuentas se había unido a ellos menos de una semana atrás. Él también había perdido la cuenta de con quién había hablado de algo o no. La gente iba y venía en estos tiempos. Una época aciaga y dura la que les había tocado vivir y habitar. La gente iba y venía. Concretamente, la gente venía, moría y no volvías a verles jamás. El grupo era más o menos grande dependiendo del momento. Luego aparecían los muertos, siempre aparecían, y cuando podían decir que habían sobrevivido para ver un día nuevo, el grupo ya no era el mismo.

—Si esto no hubiera ocurrido —continuó Joe, haciendo un gesto con el brazo para indicar a que “esto” se refería, por si quedaba alguna duda—, yo no habría llegado a nada. Estoy seguro. Habría empezado a trabajar en una fábrica, o en una tienda, y poco más. Pero estos tíos son listos, harina de otro costal. Cuando llegan a algo nos miran y son ellos los que se ríen de nosotros, y tiene su lógica, nos lo merecemos por haberles hecho pasar por un infierno en el colegio.

—Yo no hice a nadie pasar por un infierno.

—Todos lo hicimos —aseguró Joe con un encogimiento de hombros—. El típico niño con gafas del que te ríes. O el raro al que no hablas. Siempre hay un solitario, un triste, un peculiar. Con la edad ellos se ponen en su sitio y nosotros nos quedamos en el nuestro. O eso, o cogen una escopeta y convierten el instituto de su pueblo en un nuevo Columbine, claro.

Steve no pensaba como él, pero tampoco veía que sirviera de algo llevarle la contraria. Aquellos días habían pasado y ya no importaban. Ahora todo consistía en sobrevivir un día más.

Sanderson, como te he dicho, no podría parecerse menos a Ewan Flint. Su edad es similar, Joe un par de años más mayor, pero donde Flint tiene el pelo negro y lacio, con un par de mechones que le caen sobre la frente y enmarcan su mirada, Sanderson luce un rubio ceniciento de bucles desordenados. El tipo de pelo que, cuando estaba limpio y mínimamente peinado, ya era suficiente para atraer la atención de las chicas. Donde Flint es un chico delgado y menudo de gesto huraño, Joe Sanderson es el encanto personificado, el tipo de adolescente que todo padre querría como yerno, de brazos musculosos gracias a una genética amable. Donde Flint calla, Sanderson saca a pasear su labia.

Y, sin embargo, ahí les tienes ahora, caminando juntos. El peso de la conversación lo lleva Joe, por supuesto, y aunque Ewan escucha con ese gesto torcido tan característico y con el que parece desdeñar todo cuanto oye, en realidad se muestra interesado. El apocalipsis ha creado extrañas parejas desde casi el principio. Que nos lo digan a nosotros, que acompañamos a una de ellas desde que empezó este infierno en Castle Hill hasta su trágico final.

Cerrando el grupo camina Lena, algo por detrás de los dos chicos. Lleva unos vaqueros desgastados y un top deportivo. Se ha quitado la chaqueta de cuero que suele lucir y ahora va enganchada de una de las asas de la mochila. Del lado derecho del cinturón cuelga una piqueta de escalador. Del izquierdo, un largo cuchillo en una funda similar a la que lleva Steve en la pierna. A la espalda, junto a la mochila, un bate. Su melena es oscura como la noche, la lleva larga y ondulada y a Joe le parece casi una visión celestial, aunque ella no pare de decir que tiene el pelo estropeado y echa de menos una buena sesión de peluquería.

No es que sea una mujer especialmente guapa, tampoco es fea, pero tienes que entender una cosa sencilla: hace once meses que Joe Sanderson no disfruta de compañía femenina. A estas alturas, en ocasiones le da por pensar que le valdría incluso con Mirta Jones, aquella chica gordinflona y llena de acné a la que todos los chicos del pueblo llamaban en secreto, y no tan en secreto, Freddy Krueger. Uno de esos seres cuyo futuro solo le deparaba dos posibilidades, o bien se convertía en una mujer exitosa y fortalecía aquella teoría de Joe de que los oprimidos acaban convirtiéndose en los dueños del mundo, o bien Kentucky Fried Chicken se hacía con su alma y Mirta Jones acababa desplazándose por el mundo en una de esas sillas de ruedas motorizadas con sus carnes rebosando y odiando a todo el mundo. Pero el mundo se había vuelto del revés en lo que tarda un chasquido de dedos en sonar y Mirta Jones, a Joe no le queda ninguna duda, está tan muerta como lo está Sarah, o sus padres, o Monty Finn, al que durante años había considerado su mejor amigo. Hasta que un muerto le había arrancado la cara a menos de un metro de él. La sangre de Monty le había empapado por completo, se le había metido en la boca y en los ojos. Había tardado mucho tiempo en sentirse limpio de nuevo. Pero había sobrevivido a aquello. También.

Y, qué demonios, Lena no se parecía en nada a Mirta Jones. Tal vez, cuando el mundo todavía era mundo, Joe no se habría fijado en ella. Para empezar casi le dobla la edad y tiene las tetas demasiado pequeñas para su gusto y las caderas anchas. Nunca le habían llamado la atención las MILF. Once meses de sequía hacen que uno mire el mundo con otros ojos. Fijándose en ella, Joe había comprobado que Lena tenía una expresión dulce, casi maternal, que le gustaba. Una

sonrisa bonita. Unos ojos profundos. Por las noches se acostaba siempre junto a Steve, esa era la parte complicada del asunto. Joe no lo tiene nada claro, pero sospecha que hay algo entre ellos.

Si quieres que te diga la verdad, Joe está en lo cierto.

—¿Qué pasó entonces? —pregunta Ewan. Habla arrastrando las palabras, casi como si le costara un esfuerzo inhumano pergeñar una frase cualquiera.

Joe se rasca la barbilla con gesto distraído. Esa es otra cosa que el apocalipsis ha cambiado en él. Antes siempre lucía un afeitado perfecto, le gustaba el aspecto de niño bueno que ofrecía su rostro cuando estaba limpio. Ahora afeitarse era casi un lujo y se conformaba con recortarse las greñas de vez en cuando.

—Me quedé ahí tumbado un buen rato —dice Joe, encantado de continuar su historia. No le gusta el silencio de las largas caminatas, el silencio de quienes poco a poco van apagando sus mentes al tiempo que se apaga la vida en el planeta. De eso, Joe sabe bastante—. Escuchaba el rumor del viento en las hojas de los árboles, el sonido de algún pájaro, el discurrir de un arroyo cercano. El sol estaba bajando, a punto de ocultarse tras alguna montaña, pero no tenía fuerzas para levantarme. No sé si alguna vez me había sentido tan cansado en la vida. Pero seguía vivo, eso era lo importante. A pesar de todo lo ocurrido, a pesar del acantilado, de los muertos vivientes, a pesar de todo. Si he llegado a alguna conclusión en estos últimos once meses es que soy un superviviente.

—Todos lo somos —gruñe Ewan.

—Claro, claro. En el sentido de que estamos vivos mientras que la mayor parte de la gente no lo está, somos unos supervivientes, pero no me refiero a eso. Creo que es un don. Una cosa es estar vivo y otra muy diferente es mantenerse con vida.

—Un don... —Ewan le dedica una mirada escéptica por entre los mechones de pelo que le caen sobre la frente.

—Me gustaría conocer alguna otra palabra que parezca menos etérea, menos magia y más realidad, pero esa es la que me sé: un don. Nunca me interesó mucho la lengua, salvo para hacer otras cosas, no sé si me entiendes. —Joe suelta una carcajada que le vale una mirada reprobatoria de Steve. En estos tiempos cualquier sonido más alto que otros puede suponer la diferencia entre la vida y la muerte—. He sobrevivido a situaciones impensables y he visto a otros morir de maneras bastante más estúpidas. Hace un par de años, me acuerdo que fui al cine con Monty... era mi mejor amigo. Le vi morir al principio de toda esta historia.

—Lo siento.

—A estas alturas he visto morir a demasiada gente, ya casi no me afecta. —Puede que él mismo se crea lo que acaba de decir, pero

si sabes leer entre líneas, sabrás que no es cierto, le afecta porque ver morir a alguien siempre te afecta, le tengas o no le tengas demasiada estima—. Ni siquiera diría que estar colgando de un abismo es la peor de todas las casi muertes que he tenido, aunque sí fue la que más cansado me dejó. Porque ya llevaba a rastras unas cuantas, en realidad. Una vez me quedé encerrado en un autobús, rodeado de una pequeña horda, y para colmo había un incendio a poca distancia, se podía sentir el calor en el ambiente, dentro del autobús era como estar en un horno, no había escapatoria posible. Y cuando Monty murió, por ejemplo, había casi quince de esas malditas cosas, estábamos en un sótano y no había otra salida que la puerta por la que habían entrado. Por alguna razón, se cebaron con Monty y me ignoraron. ¿Y yo salí corriendo? Todo lo contrario, me metí en un cajón de mimbre que habrían podido romper sin demasiado esfuerzo para comerme. Estuve allí metido casi tres días. Al final, deliraba pensando en beber y comer algo y confundía el rugido de mis tripas con el sonido que hacen los muertos.

—Dios santo.

—Lo más curioso de todo es que soy ateo, no creo que Dios tenga nada que ver. Aunque no te negaré que me he replanteado algunas cosas. Luego recuerdo que de existir sería un Dios que ha permitido que esto ocurra, y se me pasa. Te lo digo, sinceramente creo que se trata de un don, una capacidad extraordinaria para sobrevivir. Es casi como si... no sé...

—Como si te aferraras a la vida —interviene Lena.

De la misma forma que me aferraría a tus piernas si me dejaras hacerlo, piensa Joe.

—Algo así —dice, en cambio—. Después de lo del sótano deambulé sin rumbo durante días, bebí de charcos en el suelo y comí restos, hierbas, lo que fuera que encontrara. Ni siquiera recuerdo muy bien aquellos días, estaba como en shock. Acababa de ver morir a mi mejor amigo.

—Sé lo que es eso —asegura Lena—. Supongo que todos lo sabemos. Todos hemos visto morir a gente que nos importaba.

—Encontré un grupo de supervivientes que se refugiaban en una antigua pizzería —continúa Joe, dejándose llevar por los recuerdos—. Estuve con ellos no más de medio mes, hasta que ocurrió lo que ocurre siempre. Si os digo la verdad, tampoco debería haber salido con vida de allí.

—Pues aquí estás.

—Aquí estoy —confirma él.

—Steve y yo llevamos juntos desde poco después del inicio —dice Lena—. Nos encontramos mientras íbamos hacia una zona segura. En la radio decían que los militares habían fortificado un hotel y podían garantizar la supervivencia de la gente. Desde entonces,

también hemos visto ir y venir a mucha gente. Se organizan grupos, sobreviven durante unos días, semanas si hay suerte, y al final pasa algo. Pero, como tú, seguimos vivos.

Sanderson abre la boca para decir algo. La cierra al instante al ver que Steve descuelga la escopeta que lleva a la espalda y apunta hacia delante. No se encuentra a más de cinco metros, pero una elevación del terreno les impide ver lo que ocurre. Sin embargo, la tensión en el cuerpo de Steve es suficiente para que todos se pongan en alerta. Lena descuelga la piqueta y la blande con la pericia de quien ya se ha habituado a una herramienta. Si le preguntáramos, nos diría que antes del fin de los tiempos jamás había siquiera visto una de cerca. Ewan sujeta un listón de madera al que ha atado un cuchillo para convertirlo en una especie de lanza; Joe no tiene mucha confianza en la resistencia de esa arma, pero también considera que él no es nadie para juzgar las ideas de los demás. Él prefiere el martillo de mango de goma y cabeza de acero que también le acompaña desde hace meses. De hecho, ya le pareció increíble en su momento que no lo perdiera cuando se deslizaba por aquella pendiente y quedó colgando del abismo. Hasta le ha puesto nombre. Margaret el martillo.

Steve no se mueve, solo apunta hacia delante con la escopeta. Intentando no hacer ruido, Lena se acerca a él. Ewan y Joe se quedan atrás, atentos a cualquier movimiento que pueda haber entre los árboles.

— Parece que está solo — dice Steve.

Ewan y Joe avanzan hacia la pareja. Más adelante, a una distancia de treinta o cuarenta metros hay un muerto tirado en el suelo. Estira las manos hacia ellos y gruñe con fuerza. No puede moverse. Una gran roca le ha atrapado la pierna derecha. Su carne está en estado de putrefacción desde hace tiempo. Incluso desde esa distancia, alcanzan a ver gusanos e insectos varios que recorren su piel.

— Es James Franco — dice Joe.

— ¿Quién? — Steve levanta una ceja —. ¿Le conoces?

— No, no. Me refiero a James Franco, el actor. Por la película aquella, 127 horas, o yo que sé cuántas. ¿La habéis visto?

Steve niega, Lena ladea la cabeza.

— ¿La del alpinista que se queda atrapado por una roca?

— En su caso fue una mano, pero ahí está, sí.

— James Franco era bastante más guapo que esa cosa.

— Como sea, no parece que suponga un peligro — decreta Steve.

No lo parece, así son las cosas. Los muertos son peligrosos casi siempre, son rápidos, no se agotan y persisten hasta lograr su objetivo. Son insaciables. Sin embargo, por muy rápido que fuera, aquel pobre hombre había quedado atrapado por una roca y ahora, convertido en una aberración, era incapaz de moverse. Condenado a pasar toda la eternidad en aquel camino de tierra.

El grupo se acerca despacio, atento a cualquier movimiento inesperado, a cualquier sonido. Los gruñidos de aquel hombre podrían atraer a otros como él. Las cosas, Joe podría asegurarlo, siempre se descontrolan en cuestión de segundos. Después todo se vuelve correr, gritar y huir a la desesperada. Sálvese quien pueda.

Se detienen a una distancia de metro y medio, donde por mucho que el muerto estire las manos y trate de engancharles no sea capaz de alcanzarles. Lena cierra con fuerza los dedos sobre el mango de la piqueta y se dispone a terminar con él. Ewan le sujeta el brazo.

—Lo haré yo —dice. Mueve la cabeza hacia la lanza artesana.

Joe aprovecha que se han detenido para sentarse en el suelo. Aquella era otra cosa que había aprendido. Uno, nunca correr en la dirección desde la que vienen los gritos. Dos, aprovechar cada momento posible para descansar porque nunca se sabe cuándo vas a necesitar esa energía.

—Hazlo rápido —aconseja Steve.

—Fácil —asegura Ewan.

Ewan se sitúa delante de la cabeza del muerto. Este estira los brazos hacia él y muerde el aire con fuertes chasquidos. Sus ojos sin vida reflejan el cielo que se alza por encima de ellos. El chico levanta la lanza, sin dejar de observar con detenimiento al ser atrapado por una roca. Le roza la mano con la punta de la bota, como retándole a agarrarle. El muerto lo intenta, eso hay que concedérselo, pero sus dedos resbalan por la piel del calzado. Una de sus uñas se quiebra y sale despedida.

—¿Vas a matarle o a pedirle una cita? —pregunta Steve.

Como si fuera un arpón, Ewan arroja la lanza directa a la cabeza del muerto. En cuanto el filo se hunde en su cráneo, el movimiento se detiene de inmediato. Joe, no por primera vez, piensa en lo fascinante que resulta, como si apagaran un interruptor, ahora se mueve, ahora ya no y nunca más lo hará.

—Listo. —Recupera la lanza y limpia el filo con la misma ropa del muerto—. Uno menos en el mundo.

Da un paso hacia atrás al mismo tiempo que se da la vuelta para seguir avanzando en esa larga marcha que les lleva a ninguna parte, solo un día tras otro. Pero ese paso resulta en falso, pisa sobre gravilla y resbala. El tobillo de Ewan se dobla en un ángulo que resulta casi imposible y le hace perder pie. Acaba tirado en el suelo junto al cadáver. Lena se inclina para ayudarle.

—¿Estás bien?

Es fácil adivinar que no es así. El gesto de dolor del rostro de Ewan es claro y no deja lugar a dudas. Suelta su lanza y se agarra el tobillo con los dientes apretados y tratando de reprimir una lágrima que ya le empapa el ojo.

— Mi tobillo — dice —, joder, mi tobillo, cómo duele...

— ¿Te lo has roto? — pregunta Joe, sin levantarse.

Ewan niega de forma categórica. Steve y Lena están agachados a su lado. Ella le levanta la pernera del pantalón y mira a Steve. El chico no puede verla, pero Joe sí y nosotros también. Ahí está, tan clara como el gesto de dolor de Ewan, una sombra de preocupación.

— Se le está hinchando.

— ¿Puedes moverlo? — pregunta Steve.

Ewan mueve el pie. Arriba, abajo, a un lado, al otro.

— Sí, pero duele. Mucho.

— Habría que ponerle hielo — dice Joe, antes de darse cuenta de que se trata de un comentario estúpido. Pequeñas cosas como esa le hacen darse cuenta de todo lo que daba por sentado en su día a día. Ahora ya no existe el hielo. Bueno, sí, existe, pero no allí, al alcance de cualquiera cuando es necesario.

— Vamos a vendártelo — sugiere Lena —. Bien apretado, como un vendaje de compresión. Vas a tener que evitar moverlo.

— ¿Evitar moverlo?

— En la medida de lo posible — intermedia Steve.

Joe se obliga a cerrar la boca. Mantenerse al margen de conversaciones como esa resulta inteligente. Lena podía hablar de vendajes todo lo que quisiera, Steve podía intentar poner paz todo lo que quisiera, podían pintarlo bonito y Joe estaba seguro de que cuando emprendieran la marcha Ewan aseguraría que no le dolía tanto, que ya se le estaba pasando. Lo había visto otras veces. No, no me han mordido, solo ha sido un rasguño, me encuentro bien. No, no estoy exhausto, puedo levantarme y seguir caminando. No, es solo un resfriado, no se va a complicar y mañana estaré en pie de nuevo. La realidad, dura e impasible, ponía a cada uno en su lugar. Un mordisco derivaba en muerte. No comer derivaba en muerte. Una gripe no tratada, hoy por hoy, derivaba en muerte. Ewan no podría mantener el ritmo y ellos aflojarían porque se sentirían obligados a ello, pero en algún momento pasaría algo, porque siempre pasa algo, y cuando todos echaran a correr, Ewan solo sería capaz de cojear y el grupo se reduciría de nuevo. La pregunta, entonces, era si caería uno y sobrevivirían tres o si alguno de los otros intentaría, estúpidamente, ayudar a Ewan y los muertos se cobrarían más de una víctima.

Pensar en aquello le da ganas de vomitar. Tal vez lo habría hecho de tener algo en el estómago. No tiene nada. Cierra los ojos un momento, mientras Lena aplica con fuerza un vendaje alrededor de aquel tobillo que ya tiene el doble de su tamaño normal, y suplica, a ese Dios en el que no cree, a ese algo que le permite seguir con vida una y otra vez, que no le deje solo de nuevo.

— DON Y MALDICIÓN —

Joe se sienta en una roca en cuanto llegan al arroyo. Ewan se deja caer pesadamente en la orilla. Está jadeando por el esfuerzo, aunque intenta que no se le note. Como era de esperar, no han sido capaces de avanzar demasiado. En media hora han recorrido la misma distancia que en situaciones normales habrían cubierto en diez minutos. Así están las cosas. Joe no necesita que nadie le diga que el futuro de Ewan pinta oscuro. Ha percibido las miradas que se echan entre ellos Steve y Lena. No ha escuchado los susurros, pero tampoco le hace falta; se los puede imaginar. Al principio, Ewan ha intentado mantener el ritmo, después ha ido perdiendo velocidad y al final tenían que pararse a esperarle cada cien o doscientos metros para evitar abandonarle en la distancia. El chico utiliza una rama como muleta improvisada y procura mantener el pie en el aire en todo momento, pero esto es la montaña, un sendero de tierra, y resulta complicado.

—Haremos una parada aquí — dice Steve—. Quince minutos. Aprovechemos para rellenar las cantimploras.

—¿Cómo estás, Ewan? — pregunta Lena.

—Bien, perfectamente. Ya le voy pillando el ritmo.

Joe tuerce el labio. La mentira es tan inocente que casi duele. Lena lo percibe igual, pero disimula mejor. Deja a Ewan en el sitio donde este se ha dejado caer y se acerca al arroyo y a Steve, que ya está agachado y rellenando su propia cantimplora. Joe deja a un lado a Margaret el martillo y saca su propia botella de la mochila que lleva al hombro. Es una de esas que los deportistas usan cuando corren o montan en bici. La mueve y escucha el tintineo del agua. De un trago, ahora que sabe que puede rellenarla sin riesgo, se la bebe.

—¿Me rellenarías la mía? — pregunta Ewan.

—No problema — responde él, imitando el tono de voz de Schwarzenegger.

Ewan le lanza la botella y Sanderson la coge al vuelo. Después, se desliza de la roca en la que está sentado y se acerca al otro chico.

—¿Has visto *La jungla de cristal*?

Ewan le mira con una ceja levantada.

—Bruce Willis, un edificio, un grupo de terroristas que secuestran a todos los que están dentro, yippie kay yeah hijo de puta —insiste Joe.

—Sé qué película es.

Joe se desata la zapatilla izquierda, una New Balance que ha visto mejores tiempos. La suela está empezando a desprenderse. Va a tener que buscar un nuevo calzado. Se la quita con cuidado y después se saca también el calcetín. Le enseña la planta del pie a Ewan. Está surcada de cicatrices rosáceas, un lienzo caótico.

—Cuando estaba colgando de aquel acantilado, utilicé los pies para empujarme en la roca y alzarme de nuevo. La roca estaba afilada. Cuando vi el resultado me acordé del personaje de Bruce Willis cuando camina sobre cristales rotos en esa película. Después, me costaba caminar, tardé dos o tres días en superar el dolor que suponía dar cada maldito paso. Si me hubiera salido algún zombi al encuentro, no estaría aquí.

—Pero tú tienes tu don, yo no tengo nada —gruñe Ewan.

—Tú también has llegado hasta aquí, como yo. Supongo que eso significa algo.

El rostro de Ewan tiembla, casi dejando salir a flote sus verdaderas emociones, sus miedos, su preocupación. Se recompone con rapidez, eso hay que concedérselo.

—No me duele tanto —asegura—. Solo quiero tenerlo en el aire, cuidarlo, no forzarlo, pero si llega el caso podré correr como el que más.

Joe asiente, como si no lo dudara. Deja que su vista divague por el paisaje. Se pregunta cuántos cientos de senderistas habrán pasado por ahí a lo largo del tiempo. Miles. Decenas de miles. Muchos se habrán tumbado en ese mismo sitio y habrán observado, como él, el paisaje. Después mira a Steve y a Lena, junto al río. Él está diciendo algo, ella ríe. Casi podría pensarse que allí no ocurre nada. Que al final del camino les espera una manta calentita y un capítulo de la nueva serie de moda.

—Echo muchas cosas de menos. ¿Sabes cuál es una de las que más?

Ewan niega con la cabeza, enfurruñado, sumido en sus propios (y con toda probabilidad mucho más oscuros) pensamientos.

—Puede que parezca una tontería, pero echo de menos las series de televisión. Sarah y yo seguíamos unas cuantas. Era casi un ritual, pasar un par de horas juntos por la noche tirados en la cama de mi habitación en la residencia de estudiantes, viendo un par de capítulos. Ahora, nunca sabré cómo terminan.

Ewan resopla, como si aquello no le pareciera demasiado interesante. Joe se ha quedado ensimismado. Mira hacia Steve y Lena.

— También echo de menos a Sarah.

Ewan gira la cabeza para mirarle. El tono de voz de Joe ha caído de una manera poco natural. Por lo general es un chico entusiasta, aunque esté hablando de la cosa más desagradable del mundo.

— ¿Era tu novia?

— Sí. Era una chica preciosa, ¿sabes? Estaba en el equipo de animadoras y tenía un futuro brillante por delante. Podría haber sido una bailarina de primer orden, estoy bastante seguro de eso. De hecho, valía bastante más que yo. Imagínate qué clase de chica era que consiguió que yo sentara un poco la cabeza. Y eso es bastante, te lo aseguro. Siempre me han gustado las mujeres, más que a un tonto un lápiz, y siempre pensé que no me encerraría en una relación seria hasta, no sé, los cuarenta, tal vez ni siquiera entonces. Si puedes estar con muchas, para qué coño vas a estar solo con una, ¿eh?

Ewan se encoge de hombros. Joe le imita.

— Pero apareció Sarah y de repente, ahí me tenías, que casi parecía que estaba casado como mis padres. Monty me llamaba viejo. Dios, ¿no echas de menos echar un buen polvo? Yo cada maldito día.

De hecho, ahora mismo, aunque lo negaría si se lo preguntaran directamente, puedes estar seguro de que está mirándole el culo a Lena.

— Supongo — admite Ewan.

Joe asiente. Se ahorra lo que le cruza por la mente en ese momento. Duda que Ewan haya echado alguna vez un buen polvo que no haya requerido de una transacción económica. Ese no es el tipo de cosas que se dicen, ni siquiera durante el apocalipsis.

— Tengo que mear.

Se levanta de un salto y se aleja de Ewan, hacia los árboles de la izquierda. Donde puedan verle y él pueda saber que tiene la espalda cubierta. Mientras orina sobre un arbusto, cierra los ojos y se pregunta si alguna vez volverá a echar un polvo o morirá sin sentir de nuevo el placer del sexo. Porque si ese es el destino que le aguarda, Joe no tiene muy claro si vale la pena alargar la historia mucho más tiempo.



Cuando reemprenden el camino, Ewan no tarda en perder ritmo y rezagarse. Lena y Steve caminan juntos, más adelante, y Joe se queda atrás de manera voluntaria para acompañar al chico. Su avanzar es penoso, casi patético. Golpea la tierra con la rama que le hace las veces de muleta, da un saltito, resopla, jadea, vuelve a avanzar la muleta. El sudor le cae a chorros por las sienes.

— ¿Qué le pasó? — pregunta entonces Ewan —. A tu chica.

— ¿A Sarah?

Ewan asiente. Golpe en la tierra, saltito, soplido, jadeo.

—Estábamos en Los Ángeles cuando empezó todo. Acabábamos de tomarnos un batido y un helado en una cafetería y nos despedimos porque yo había quedado con Monty y ella con sus amigas. Aunque nos dijimos que intentaríamos juntarnos después en alguno de los bares. Ojalá pudiera decirte que aquel beso de despedida fue mágico, de esos inolvidables que uno recuerda toda la vida, con banda sonora y tal, pero la verdad es que fue bastante soso. Uno de esos besos que das cuando no piensas que el mundo se va a tomar por culo y nunca vas a volver a ver a esa persona.

—¿Alguna vez te han dicho que eres un teatrero?

—Me han dicho muchas cosas en la vida, esa en concreto creo que no. ¿Me lo tomo a bien?

Ewan se encoge de hombros. Golpe, saltito, soplido, jadeo.

—Monty tenía planes para esa noche. Había quedado con unas chicas que estudiaban enfermería y estaba bastante seguro de que se iba a ligar a una de ellas. Quería que yo le distrajera a la amiga hasta que consiguiera largarse con la otra. Yo le dije que vale, claro, uno debe bajar a las trincheras para ayudar a sus compañeros, pero que no haría nada que pusiera en peligro mi relación con Sarah. ¿Sabes lo que me dijo él?

—¿Te llamó viejo?

—Tal cual. Cualquiera diría que no eres un buen oyente, pero mírate, qué sorpresa, atendiendo a mis historias.

Cualquiera diría que dos chicos como Ewan y Joe no se habrían acercado el uno al otro en la vida, pero mírales, ahí están. La vida te da sorpresas, ¿no crees?

—Monty hablaba, juraba y rejuraba que las dos chicas eran verdaderas preciosidades, creo que le jodía un poco mi relación con Sarah y trataba de romperla por todos los medios. No sé si eran tan guapas como me prometía porque nunca llegué a verlas. De repente un coche pasó a toda velocidad, sonaron varios pitidos, oímos el estruendo de un accidente, gritos y, bueno, se descontroló todo. Supongo que no te digo nada nuevo si te aseguro que la primera vez que ves a uno de ellos —a esas alturas no hace falta especificar que se refiere a los muertos—, se te graba en la memoria.

—No... —Golpe, saltito, soplido, jadeo. A cada momento que pasa, el salto es menos enérgico y el jadeo más esforzado.

—No sé cómo salimos de allí Monty y yo. La ciudad era un caos, la gente corría en todas direcciones y resultaba imposible saber de dónde venía el peligro y dónde estaba el camino abierto. En algún momento llamé a Sarah, estaba preocupado por ella y estaba dispuesto a ir a buscarla, a donde fuera. Monty me habría gritado que estaba siendo estúpido, y probablemente habría tenido

razón, pero no tuvo que hacerlo porque Sarah respondió llorando y gritando que tenía que ayudarla. Intenté que me dijera dónde se encontraba... creo que ni siquiera me escuchaba. Luego empezó a gritar y pude escuchar ruido de cristales rotos, más gritos y el rugido de varios de ellos.

—Lo siento...

Joe se encoge de hombros. Se muestra insensible a todos aquellos recuerdos, o al menos eso es lo que intenta aparentar. Lo cierto, y en esto puedes hacerme caso porque sé de lo que hablo, es que si hay algo que a Joe Sanderson le duele, es recordar a Sarah.

—Vimos Los Ángeles arder desde la parte trasera de una furgoneta de reparto a la que habíamos conseguido subirnos. Los aviones sobrevolaron la ciudad y lanzaron napalm como en aquella película, *Apocalipsis now*. Un título que viene ni al pelo.

Y en esto también puedes creer lo que digo. Durante los primeros días Joe intentó convencerse a sí mismo de que Sarah seguía viva, de alguna manera, que todos aquellos gritos, golpes y ruidos no significaban nada en absoluto, que podía haber pasado cualquier cosa. Se la imaginaba soltando el teléfono para echar a correr. En algún momento, incluso intentó convencer a Monty de ello, de que tendrían que dar la vuelta e ir a buscarla, que podría estar en las afueras de Los Ángeles. Monty, por supuesto, no quiso ni oír hablar del tema y Joe, en realidad, tampoco insistió. En el fondo, sabía que Sarah había muerto, igual que más tarde moriría Monty y todos los que le siguieron. Todos con quienes Joe se había juntado desde entonces.

Él decía que tenía un don porque no quería pronunciar lo que en realidad pensaba. Que aquel don suyo era también una maldición para todo el que se acercaba a él. Todos acababan muriendo y él seguía vivo, en contra de todo lo que pudiera pensarse basándose en la lógica y en las probabilidades. No creía que a nadie le gustara estar acompañado de un tipo que aseguraba llevar a cuestras una maldición. *Eh, sí, tú, ven conmigo, iremos juntos durante unos días y al final eso supondrá que tú vas a morir y yo seguiré mi camino por esta tierra hollada de muertos vivientes.*

No, definitivamente no creía que eso fuera a gustarle a nadie.

— DECISIONES —

Supongo que estarás conmigo si te digo que la mayor parte de los seres humanos no son conscientes de lo mucho que podrían cambiar sus vidas si tomaran una decisión diferente, si hubieran elegido a en lugar de b, si escogieran hablar en lugar de callar. A menudo, las pequeñas decisiones resultan determinantes. El problema, claro, es que pensar en todo eso les obligaría a explorar un sinnúmero de opciones, de posibles caminos sin fin, y el cerebro de los humanos no está hecho para abarcar conceptos infinitos. Todo ha de tener límites.

Este cruce, en apariencia un desvío cualquiera en una senda de tierra, es fundamental en esta historia. Puedes creerme cuando te digo esto, ya sabes que nunca te mentaría. Estamos aquí por la misma razón, observar el devenir de los acontecimientos. La mejor manera de disfrutar una buena historia es conocer a la perfección los detalles, saber captarlos cuando aparecen y entender la plenitud de su importancia, aunque pueda parecer que no son nada relevante. Apenas un cruce, un camino que deriva en dos que toman direcciones distintas. Uno ligeramente descendente y hacia la derecha, el otro se interna entre los árboles con una pequeña curva hacia delante.

Y sin embargo, la importancia de este momento es crucial.

Steve y Lena llegan primero, miran en ambas direcciones como si con eso bastara para tomar una decisión, y se sientan a esperar. Lena aprovecha ese pequeño momento de intimidad para entrecruzar su mano en la de él.

—Daría mi brazo derecho por un cigarrillo — dice Steve.

—Yo daría mi brazo derecho por una buena ducha, una buena cama y una buena cena.

—El chico tiene los días contados.

Lo repentino de la frase disgusta a Lena. Ella también lo piensa, ha visto el tamaño del tobillo y sabe que un esguince como ese no se cura en dos días; una cosa es pensarlo y otra muy diferente expresarlo en voz alta.

—Si encontramos un buen sitio podríamos establecernos y aguantar hasta que se recupere.

—Ya sabes cómo ha funcionado hasta ahora lo de establecernos en algún sitio.

Lena no contesta. La respuesta sería *mal*. La primera vez fue dos meses después del brote inicial, en un bloque de apartamentos que comandaba con ley marcial un exmilitar llamado John Folsom. Durante tres semanas se atrevieron a pensar que podrían subsistir allí, que aquel lugar podría convertirse en su nuevo hogar. No era lo que ninguno de ellos había deseado para el resto de sus vidas, aunque al menos tenía colchones y puertas que permitían cierta privacidad. Los zombis llegaron, acabaron echando la barricada abajo y masacraron a gran parte de la gente que se refugiaba en los apartamentos. Steve y Lena huyeron junto a otros tres hombres. Ese fue el primer grupo. La segunda vez había sido en una vieja fábrica. De aquel primer grupo solo quedaban Steve y Lena, los otros integrantes habían ido cayendo por el camino. En la fábrica conocieron a Ewan y a un montón de gente que, una vez más, les hicieron pensar que allí estaban a salvo. Lo estuvieron durante un tiempo, no demasiado, no el suficiente, mucho menos del que ambos hubieran querido.

—No digo que sea para siempre —insiste ella—, pero no podemos dejarle tirado.

—No quiero dejarle tirado, Lena. Me conoces.

—Si fueras tú, querrías que te ayudáramos.

—Si fuera yo, al menos sería realista con mis posibilidades. Es una putada, Lena, pero las cosas son así.

Ella no replica. En parte porque está de acuerdo, en parte porque Ewan y Joe se están acercando, muy despacio. Lena advierte que el brazo de Ewan tiembla cada vez que apoya la rama que hace las veces de muleta. Tiene los dientes apretados con fuerza y un gesto de dolor le cruza el rostro con cada movimiento. Joe camina a su lado, hablando sin parar. Como siempre. Cuando llegan hasta donde están ellos, Ewan se deja caer con un jadeo y se tumba boca arriba, y respirando con pesadez.

—Voy a mirarte el tobillo, ¿vale?

Joe también se sienta mientras Lena levanta la pernera del pantalón de Ewan. Steve mantiene la vista al frente, quedándose al margen.

—Estábamos hablando de música —asegura Joe mientras arranca un puñado de hierba del suelo.

—¿Estabais hablando? —pregunta Lena—. ¿En plural?

—Solo hablaba él —replica Ewan.

—Ja, ja, hilarante, chicos. Así me pagas el que te haga compañía, perfecto.

Por toda respuesta Ewan gruñe cuando Lena le roza la piel hinchada alrededor del hueso. Y aunque a Joe le gustaría seguir la iniciativa de Steve y hacer como si aquello no fuera con él, no puede evitar estirar el cuello y echar una mirada. Lo que ve le hace torcer el gesto. Una especie de huevo amorfo, púrpura y lleno de pelos negros.

—Me dediqué durante unos meses a hacer crónicas de conciertos para una revista musical de Los Ángeles que soñaba con hacerle competencia a la Rolling Stones, pero que no le hacía, ni lo habría hecho jamás, la menor sombra. —Joe sabe que a veces habla de manera acelerada cuando está nervioso, no puede evitarlo, es parte de su forma de ser, y aquel huevo le ha puesto nervioso. La mirada que le dedica Lena, con el entrecejo arrugado y una expresión de profunda tristeza en los ojos también le ha puesto nervioso. Y se maldice a sí mismo, porque si siguiera sus propios consejos y corriera en dirección contraria al lugar del que provienen los gritos, no habría mirado a ver qué aspecto lucía el tobillo de Ewan. Pero lo había hecho, y ese tobillo hinchado es la encarnación de un futuro cargado de gritos—. La parte buena es que me metía de gratis en los garitos, la parte mala es que no podía emborracharme si quería acordarme de algo al día siguiente para poder escribir sobre ello.

—¿Cómo está? —pregunta Ewan sin moverse. Tiene los ojos clavados en el cielo y parece estar recuperando el aliento al fin.

Lena no sabe qué responder. Mira a Joe, como pidiéndole ayuda.

—Acaba de llamar el equipo de atletismo para pedir que participes en las pruebas de velocidad —contesta Joe.

Ewan se ríe. Al hacerlo, se atraganta con su propia saliva y acaba tosiendo y teniendo que doblarse para escupir a un lado. Joe silba, orgulloso de haber logrado distender el ambiente. Lena vuelve a cubrir el tobillo hinchado del chico y se pasa las manos por el pelo, recuperando la compostura con cierto gesto de resignación. En ese momento, Steve se pone en pie.

—Deberíamos seguir si queremos encontrar algún sitio en el que pasar la noche con un mínimo de refugio.

Joe advierte la expresión de horror de Ewan. El chico no protesta, aunque es evidente que le gustaría hacerlo. Todo lo contrario, agarra la muleta y forcejea consigo mismo para levantarse. A Lena tampoco parece hacerle mucha gracia la idea de ponerse en marcha ya, pero no le lleva la contraria a Steve.

—¿Hacia dónde vamos? —pregunta Lena.

—A la derecha —responde Steve, señalando con la barbilla el camino descendente.

Y así, en apenas un segundo y sin ninguna alharaca, se toma una decisión que nos pone en la senda de lo que estamos a punto de

ver, una decisión que acabará teniendo consecuencias importantes. El otro camino, el que se interna entre los árboles y realiza una suave curva a la izquierda, habría llevado invariablemente a otro destino. Pero Steve señala hacia la derecha y ninguno de ellos protesta. No es solo eso; si Steve hubiera decidido respetar el agotamiento de Ewan y hubiera, por ejemplo, propuesto encender una hoguera allí mismo para dejarle descansar, las cosas también serían diferentes. Tiempo y ubicación, amigo mío. Pequeños momentos que suponen un todo.

Una hora más tarde, el grupo oirá el ruido de un motor. Pero es ahora, en el momento en que Steve señala con la barbilla y les dice que van a seguir el camino de la derecha y que van a hacerlo ya, cuando se toma la decisión que marcará el resto de sus vidas.

Permíteme que apriete el botón de acelerar. Durante la siguiente hora hay más de lo mismo en realidad, Steve y Lena caminando por delante, Ewan perdiendo terreno cada vez con más rapidez, avanzando cada vez más despacio, y Joe haciéndole compañía sin dejar de hablar. Golpe, saltito, soplido, jadeo.

Y entonces, un motor. Steve levanta el puño como los militares en las películas. Todo el grupo se detiene y se agacha al instante, escrutando alrededor, atentos a cualquier señal de posible peligro. Ninguno de ellos ve nada, pero es evidente que se trata de un vehículo, y hace tiempo que ninguno de ellos escucha ninguno.

—¿Es un coche? —pregunta Lena.

—Parece algo más grande que un coche —dice Steve—. ¿Un camión, tal vez?

—Se mueve —murmura Ewan entre jadeos. La pierna buena le falla y se sienta en el suelo, visiblemente agotado.

—¿Se acerca?

Steve niega con la cabeza.

—Por este camino no cabría un camión, si es que se trata de eso. No creo que venga hacia nosotros...

—Tal vez podrían ayudarnos —interviene Joe. No dice con qué, pero está claro que todos ellos son conscientes de que un vehículo podría suponer la diferencia entre la vida y la muerte para Ewan.

—Tal vez no quieran hacerlo —murmura Steve. No es demasiado amigo de la idea de contactar con otras personas. Una parte de él sabe que es positivo, que en los números se esconde también un cierto margen de seguridad, claro que también sabe que desde el inicio de los tiempos el hombre ha sido un lobo para el hombre. Ni Lena ni él han tenido que sufrirlo en persona, pero han escuchado testimonios de otros supervivientes y sabe que son afortunados. El problema con eso es que, como su padre solía decirle, *uno es afortunado hasta que deja de serlo.*

—Steve...

El antiguo dentista sacude la cabeza y acaba por asentir.

—Vamos a tener que darnos prisa si queremos alcanzarles. —
Lo dice mirando a Ewan—. Vamos a tener que correr.

—Puedo hacerlo —asegura el chico.

—No, no puedes —replica Steve, muy serio—. Y si lo haces vas a empeorar las cosas para ti y, tal vez, también para nosotros. Lo mejor será que te quedes aquí mientras nosotros tres corremos. Volveremos a por ti.

La expresión de horror que surge en los ojos de Ewan es tan genuina que Joe se siente fatal simplemente por saber que el chico pueda pensar que de verdad van a abandonarle.

—Ewan, escúchame. —Steve se inclina hacia delante y apoya una de sus manos en el hombro del chico—. Volveremos a por ti, te lo prometo.

Ewan asiente. Cierra los ojos con fuerza para evitar que se le escape una lágrima. Steve no pierde más tiempo. A un gesto suyo, Lena, Joe y él empiezan a correr campo a través, persiguiendo un sonido que en ocasiones parece estar más cerca y otras más lejos, que se va desplazando hacia su derecha y que, en cualquier momento, podría alejarse demasiado y perderse para siempre. Corren con todas las fuerzas que les quedan. Saltan por encima de agujeros en el suelo, se agachan para evitar ramas bajas, esquivan troncos y otros obstáculos. Joe solo puede escuchar su propia respiración acelerada. En un momento dado salta por encima de un arroyo estrecho. A su espalda Lena resbala con las rocas mohosas y está a punto de caer al agua. El paisaje boscoso fluye hacia atrás como aquellos fondos de películas antiguas. El ruido está cada vez más cerca. Es sin duda un camión.

Y ahora, algo más. Gritos, órdenes dictadas a viva voz, un disparo.

Joe se detiene con brusquedad. Maldición, está contraviniendo la primera regla. Nunca hay que correr en la dirección de la que provienen los gritos. Quiere decírselo a los demás, pero Lena y Steve pasan a su lado como una exhalación. Él tiene tiempo de pensar en darse la vuelta y escapar de allí lo más rápido que pueda, antes de que las cosas se descontroren.

Porque no cabe duda de que se descontroren. Siempre lo hacen.

El chirrido suena demasiado cerca, al otro lado de los árboles junto a los que acaban de cruzar Lena y Steve. Es el gemido de las ruedas al rozar contra la calzada durante un frenazo inesperado. Luego se escucha el golpe, el sonido de cristales rotos, más gritos. Y Joe, que siente que cada célula de su cuerpo está gritándole que salga de ahí cuanto antes, que regrese junto a Ewan, le ayude a ponerse en

pie y se larguen juntos lo más rápido que sea posible, acaba haciendo lo impensable: avanzar.

Tal vez es imposible escapar al destino, ¿no?

Cruza junto a los árboles y empieza a descender una pequeña colina. Más abajo se ve la calzada de una carretera. Hay un humvee militar pintado con camuflaje desértico, poco útil en un lugar como aquel, que ha chocado contra un utilitario abandonado por esquivar un árbol caído en la calzada en mitad de una curva. El motor que oían y que han seguido a la carrera para intentar interceptarlo provenía de él. Joe alcanza a ver a tres militares bajando de un salto del vehículo. Uno de ellos, un afroamericano inmenso, le ordena a gritos a alguien que se quede dentro del vehículo. Los otros dos soldados echan una rodilla a tierra y disparan contra los muertos que corren hacia ellos. El sonido de los fusiles resulta atronador en el silencio reinante, las balas vuelan veloces y revientan la carne de las criaturas, haciéndolas temblar y moverse como si estuvieran recibiendo descargas eléctricas. Más por cantidad que por calidad de los disparos, algunas aciertan donde deben hacerlo, las cabezas prácticamente estallan como si fueran globos y los cuerpos caen al suelo.

No todos, porque hay más muertos de los que tres soldados valientes pueden enfrentar con fusiles hechos para mostrar potencia de fuego al enemigo. Uno de los soldados se ve sobrepasado e intenta luchar a puñetazos. Desde donde se encuentra, una posición elevada respecto a la carretera, Joe le ve caer y ser rodeado. El segundo soldado logra interponer su fusil entre la boca de uno de los muertos y su cuello. Ambos caen al suelo y ruedan hasta caer a la cuneta. El hombre que daba las órdenes con voz grave y autoritaria, el negro con aspecto de gigante, dispara a los tipos que están devorando a uno de sus hombres. Luego baja el arma, agarra del cuello al zombi que está mordiendo el fusil del segundo soldado y lo levanta por los aires como si pesara lo mismo que una pluma. Resulta algo impactante de ver, casi poesía visual.

Un cuarto hombre se asoma por la puerta del humvee. Hay otros dos soldados dentro del vehículo y tiran de él para obligarle a quedarse dentro. El gigante está gritando algo. Los muertos han empezado a perder el interés por el soldado caído.

—Tenemos que ayudarles —dice Lena.

No, quiere replicar Joe, no tenemos que hacerlo, tenemos que hacer todo lo contrario, echar a correr de regreso al bosque, o tumbarnos aquí y mimetizarnos con el entorno y esperar a ver qué ocurre; y si los soldados ganan, perfecto, pero si son los muertos, procurar no hacer ningún ruido y esperar que no se percaten de su presencia.

No dice nada, pero tampoco se mueve cuando Steve y Lena corren hacia la carretera y saltan por encima de la cuneta blandiendo uno la escopeta y la otra la piqueta de escalador. Uno de los soldados que sigue en el humvee les apunta con su fusil, y durante un angustioso momento, Joe piensa que les va a disparar y que la culpa será de Steve y de Lena por meterse donde no les llaman. O bien tienen suerte o el soldado es capaz de reaccionar a tiempo y levantar el dedo del gatillo al comprobar que no se trata de más zombis. El caso es que Steve y Lena se unen a la batalla. El gigante y el segundo soldado se acercan a ellos y disparan sus armas a su lado. A Joe le parece que el ruido es demasiado escandaloso y que eso no puede ser bueno. Cree, y es algo que sabe por experiencia, que atraerá a más muertos. No, demasiado ruido nunca es algo bueno.

La escaramuza termina rápidamente. Lena revienta el cráneo a una mujer de traje gris y polvoriento, Steve dispara a quemarropa a un zombi que se acerca a ellos arrastrando una pierna rota, el gigante empuja a un muerto al suelo con una de sus manazas y utiliza su enorme bota para destrozarle la cabeza. Durante unos instantes persiste el eco de la pelea. Se difumina y un momento después solo se escucha el sonido sordo del motor renqueante del vehículo y las respiraciones agitadas de quienes han participado en la lucha.

Joe baja la pendiente con Margaret el martillo en la mano. El gigante le mira y después observa con atención a Lena y a Steve.

—Gracias —dice—, habéis llegado en el momento oportuno.

—Lástima que no llegáramos un momento antes —contesta Steve, y señala al soldado caído. De él queda poco más que jirones de ropa y trozos de carne ensangrentados. Una carnicería que duele mirar.

—Bellamy Anderson —dice el gigante, extendiendo una de sus enormes manos hacia los recién llegados.

—Steve Clarke. Ella es Lena y él Joe.

Joe mira hacia el humvee cuando los dos soldados que permanecían en el interior descienden a tierra. Uno de ellos se queda junto a la puerta, el fusil entre las manos y el dedo cerca del gatillo, custodiando o vigilando la única vía de acceso al interior. El otro se dirige directo hacia la parte delantera del vehículo.

—¿Habéis estado todo este tiempo por vuestra cuenta? —pregunta Bellamy, fijando su atención en Steve. Entre jefes se reconocen rápidamente, piensa Joe.

—Sí.

—Caray —responde el hombretón—, eso es increíble. Y digno de respeto también. Esta es nuestra segunda baja y solo llevamos cuarenta y ocho horas en tierra.

En ese momento ocurren dos cosas importantes. Permíteme que apriete el botón de pausa un momento. Si miras hacia Joe Sanderson verás que su boca se abre despacio, con la expresión de quien ve algo que le sorprende o que le preocupa enormemente. Al mismo tiempo, del interior del vehículo desciende el hombre que había asomado la cabeza durante la pelea, el único de ellos que no viste uniforme militar. Al contrario, este hombre lleva puestos unos vaqueros limpios, más limpios de los que ningún miembro del grupo haya visto en más de once meses, y una camisa entallada y bien remetida por dentro del cinturón. En la mano carga un maletín metálico unido mediante una cadena a una esposa que brilla en su muñeca derecha.

—Teniente Bellamy, le dije que esta no era la mejor ruta a...

—¡Doctor Dysinger, vuelva inmediatamente al vehículo! — ruge el gigante. El sonido de su voz es como un trueno que anuncia el estallido inicial de una tormenta. Provoca que Joe se estremezca y retroceda un paso, aún con la boca abierta. Pero vamos a tener que esperar un momento antes de centrarnos en Joe y en lo que ha visto para reaccionar de esa manera.

Porque sí, has oído bien. Si miras al hombre que acaba de bajar del humvee estoy bastante seguro de que le reconocerás al instante, a pesar de haberse cortado el pelo y del afeitado apurado que luce. Y si estas cosas te emocionan como a mí, te alegrarás de reencontrar al doctor Kurt Dysinger. Hace bastante que le conocimos, allá en Castle Hill, huyendo de la base militar en que fue creado el virus cuarto jinete. No hace tanto que le vimos por última vez, recibiendo a los supervivientes de San Mateo a bordo del portaaviones presidencial. Es casi como si viéramos a un viejo amigo, ¿no crees?

Ahora, como diría Joe Sanderson, la pregunta es clara: ¿qué hace de nuevo en el continente y por qué?

No es algo que vayamos a saber de inmediato, así que permíteme que centre tu atención de nuevo en Joe. Ha levantado una mano temblorosa y está señalando algo, aunque nadie le está prestando atención. Kurt está diciendo que se niega a volver al, y este es el término que utiliza, maldito jeep porque hace demasiado calor dentro. Bellamy se enfurece al ver su orden contravenida. Steve y Lena les observan con los ojos abiertos como platos.

—Le han mordido.

Bellamy gira la cabeza tan bruscamente para mirarle que Joe siente ganas de encogerse y desaparecer para evitar ser el foco de su mirada.

—¿Qué has dicho?

—Que le han mordido.

Bellamy sigue la dirección del dedo de Joe, hacia el segundo soldado. A la altura de la muñeca izquierda, la marca inequívoca de

unos dientes y una pequeña mancha de sangre que le resbala por entre los dedos.

—Lo siento, señor —murmura el soldado. Debe rondar los cuarenta años y tiene un rostro amable de ojos claros, nariz chata y bigote recortado.

—Está bien, Wax. Está bien. —El tono de voz de Bellamy se ha vuelto comprensivo, mucho menos duro de lo que suena cuando grita órdenes. Casi tierno. Desde luego, dolido. Se gira hacia Kurt—. ¿Cuánto tiempo le queda, doctor?

—Algunas horas. Es difícil saber cuántas.

—Me quedaré aquí, señor —asegura el soldado herido—. No voy a comprometer la misión por un simple mordisco.

—No vamos a dejarle atrás, Wax. Vendrá con nosotros y nos ayudará mientras pueda hacerlo. Y cuando deje de poder, me encargará de que no sufra. No permitiré que se levante convertido en una de esas cosas. ¿Comprendido?

El soldado Wax asiente, agradecido. A Joe le fascina presenciar ese intercambio de frases y le fascina la firme decisión que se nota en la voz del teniente Bellamy. Sin embargo, no puede quitarse de la cabeza el pensamiento de que, por muy honorable que resulte todo, llevar con ellos a un hombre que ha sido mordido es una muy mala idea. A fin de cuentas, se trata de correr siempre en dirección contraria.

—Señor —dice de repente el soldado que había ido a examinar el motor del humvee—, mucho me temo que tendremos que hacer el resto del camino a pie.

Kurt abre la boca para decir algo, pero Bellamy le calla levantando el dedo índice de la mano derecha.

—Ya lo sé, doctor, usted nos dijo que esta no era la mejor ruta. Estaba usted en lo cierto, tenía razón y nosotros la hemos cagado. Podemos regodearnos en ello o ponernos en marcha y acabar con esto cuanto antes.

—Bien —responde Kurt, con una sonrisa en los labios.

Bellamy se gira hacia los recién llegados. Concretamente, mira a Steve.

—Podéis uniros a nosotros. Está claro que sabéis cómo sobrevivir en este maldito infierno, y Dios sabe que nos vendría muy bien cualquier ayuda.

Steve mira a Lena antes de tomar una decisión.

—Será un placer —responde—, y si tenéis algo que podamos echarnos al estómago, hace mucho tiempo que no comemos nada decente.

—Eso es fácil —asegura Bellamy con una carcajada—. Flores, dale unas cuantas raciones. Los demás, coged todo lo que sea

imprescindible. Quiero que nos pongamos en marcha en menos de cinco minutos, maldita sea.

Flores resulta ser una mujer. Su aspecto es tan masculino que ninguno de ellos se había percatado hasta que se acerca a darles las raciones. Lleva el pelo cortado casi al cero y su expresión es dura como la de cualquiera que se hubiera criado en la peor barriada del mundo. Incluso su voz suena masculina. Tal vez, cuando uno se fija, sus labios la delatan. Por lo demás, si alguien hubiera asegurado que era un hombre, resultaría complicado llevarle la contraria sin bajarle los pantalones a la soldado Flores. Y no tiene pinta de ser una mujer que ponga fácil la tarea de quitarle la ropa, mucho menos a la fuerza.

Los tres miembros del grupo aceptan las raciones, por supuesto, y con el ansia de quien ha pasado hambre infinita y sabe que una ocasión como esa podría no volver a repetirse, comen sin prestar atención a los preparativos de los militares. En algún momento, Lena le echa una mirada cargada de culpabilidad a Joe. Él sabe cómo se siente, entiende lo que está pensando e incluso lo comparte. De la misma manera, también entiende la decisión de Steve de omitir cualquier mención a la existencia de Ewan. A pesar del emotivo discurso del teniente Bellamy al soldado Wax, es evidente que tienen un objetivo y cierta prisa por llegar a algún sitio. Pedirles que se retrasen para cargar con un adolescente huraño que se ha quedado cojo de la forma más estúpida posible no suena como una buena idea.

Así son las cosas, piensa Joe, e intenta transmitirle esa idea a Lena con la expresión de su cara. Unos no abandonan a sus hombres, otros lo hacen sin mirar atrás. Por mucho que a él mismo le gustaría pertenecer al primer grupo, viven tiempos difíciles.

Le dedica un último pensamiento a Ewan. El chico le cae bien a pesar de lo parco en palabras. Suerte, piensa. La vas a necesitar.

Y poco después, cuando el teniente Bellamy, sus tres hombres y el doctor Dysinger comienzan a caminar, los tres miembros del grupo que han llegado hasta la carretera se ponen en marcha detrás de ellos. No, ninguno mira hacia atrás.

—UNA DEDUCCIÓN SAGAZ—

Los soldados caminan rápido, siguiendo la carretera. Flores y el soldado Wax abren la marcha, apuntando con sus armas hacia delante y asegurándose de que los coches que encuentran abandonados no esconden sorpresas inesperadas. Bellamy va en el medio, al lado de Kurt, seguidos por Steve, Lena y Joe. El soldado restante, JT, vigila la retaguardia. No debe tener más de veinticinco años, por debajo del casco le asoma un flequillo de un color rubio pajizo; su aspecto es el de un chico de pueblo y familia granjera, la piel tostada por años y años de sol inclemente, pero con una de esas sonrisas capaces de desmontar una defensa femenina.

—No puedo alcanzar a imaginar lo que debe haber sido sobrevivir en tierra estos once meses —murmura Kurt mientras se pone a la altura de Steve. La cadena metálica que une su muñeca al maletín tintinea con un tono casi melódico.

Once meses y una torcedura de tobillo lo puede mandar todo a tomar por culo, piensa Joe.

—No ha sido fácil —asegura Steve—. Hemos visto morir a mucha gente buena.

—¿Algún consejo? —pregunta el teniente Bellamy.

—Mantener siempre la cabeza fría —responde Steve y se encoge de hombros—. Evitar las zonas pobladas, asegurarse de tener siempre una vía de salida a mano.

Y suerte, piensa Joe.

—Lo tendremos en cuenta —asegura el teniente—. ¿Alguno de vosotros tiene formación militar?

Steve niega con la cabeza, Joe le imita. Bellamy se gira para mirar a Lena.

—¿Yo? Por Dios, no. Lo más cerca que había estado de un arma era viendo *Salvar al soldado Ryan*. Y ni siquiera me gustaban mucho las películas bélicas.

—Pues os manejáis bien.

—Supongo que es cuestión de necesidad. Tuvimos que aprender a la fuerza. —Cuando habla, Steve parece imprimirle a todo

un sentido de la lógica que parece irrefutable. A Joe, en realidad, no le extraña que sea el líder natural del grupo, de la misma manera que no le extraña que Bellamy sea el líder de aquella especie de comando.

—¿Puedo hacer una pregunta, teniente?

Bellamy, una vez más y sin dejar de caminar, se vuelve hacia Lena. La invita a seguir con un gesto de cabeza.

—Esto no es una misión de rescate, ¿verdad?

Buen punto, piensa Joe. Se da cuenta de que está muy callado, tanto que incluso a él le resulta anormal, pero esa es otra cosa que podríamos decir sobre él. Joe sabe que a veces es mejor cerrar la boca y observar. Se puede aprender mucho observando a la gente, lo que sucede alrededor, las actitudes, el lenguaje corporal.

—Nos habéis hecho saber lo mucho que os impresiona que hayamos sobrevivido durante once meses por nuestra cuenta — continúa Lena—, y nos habéis invitado a acompañaros, pero en ningún momento habéis dicho que nos vais a sacar de aquí y que ahora estaremos a salvo. Eso era lo que decían los militares al comienzo, cuando se crearon zonas seguras.

Bellamy asiente, reflexivo. Por su expresión, resulta claro que su percepción sobre Lena acaba de crecer de forma positiva.

—No es una misión de rescate —admite.

No parece que la respuesta decepcione a Lena. Está acostumbrada a no esperar que las cosas cambien a mejor. Puede que aún esté rumiando los remordimientos de haber dejado atrás a Ewan sin contemplaciones.

—Aquello de las zonas seguras no salió demasiado bien — murmura Kurt.

—En once meses, pocas cosas han salido bien — asegura Steve. De nuevo, como lo ha dicho él, parece irrefutable.

En eso, supongo, todos estamos de acuerdo.

—Hay una cosa que me llama la atención —interviene Joe. Levanta la mano como si con eso estuviera claro que es su turno de meter baza en la conversación—. Os llama la atención que hayamos sobrevivido por nuestra cuenta desde el principio, os habéis referido a tierra, aquí, y eso significa que hay algún otro lugar donde habéis estado vosotros.

El teniente asiente, una vez más.

—Veo que once meses de supervivencia no solo afilan el sentido de la lucha y la autopreservación, también el de la observación.

—Estaba jugando con un pequeño trozo de madera en la mano y ahora se lo mete en la boca como si fuera un cigarrillo y lo sujeta con los dientes sin dejar de hablar—. Estados Unidos ya no existe en superficie terrestre. De hecho, por lo que a nosotros respecta, todo el continente está bajo el control de los muertos.

—Dios santo —murmura Lena.

—Pero existe en el mar. Toda la flota de la marina y un importante contingente de barcos civiles ha formado un, no sé si llamarlo país, o coalición, o lo que sea. Nos las hemos arreglado para sobrevivir, se nos han unido Canadá, México y algunas representaciones de otros países latinos. Somos lo que queda.

—¿Europa también ha caído? —pregunta Steve.

Joe se muerde el labio esperando la respuesta. Sabe que Steve tiene, o tenía, una hija que se encontraba de viaje por el viejo continente cuando estalló el apocalipsis.

—También —responde Bellamy sin contemplaciones. Tampoco tiene forma de saber que su respuesta afecta a Steve de una manera tan personal—. Todo el mundo ha caído. Pero Europa tuvo más tiempo para prepararse y algunas ciudades fueron fortificadas y aún subsisten como pequeños núcleos. Otras cayeron desde dentro, como la mayor parte de las zonas seguras que nosotros intentamos formalizar aquí. Japón, por ejemplo, cerró sus fronteras y estableció un protocolo de seguridad para asegurarse de no sufrir una caída desde el interior. Por el momento, el virus no ha conseguido prosperar en su territorio, aunque los últimos reportes hablan de hambruna entre la población.

—¿Todo el mundo? —A Lena le cuesta asimilarlo. Aunque en su fuero interno puede que lo supiera, una cosa es pensar que puede suceder y la otra saberlo a ciencia cierta.

—Dicho todo esto, aunque esta no sea una misión de rescate podéis contar con mi palabra. Si al final de esto seguimos juntos, vendréis con nosotros a los barcos.

Steve asiente, agradecido. Joe supone que esa es la actitud lógica, en parte él también se siente agradecido. El cambio, como poco, seguro que estará bien. Aunque esa es otra cosa que ha aprendido en estos últimos meses: por muy bien que pinten las cosas, no te relajés.

—Y si no es una misión de rescate —insiste Lena—, ¿qué es esto? Porque está claro que os dirigís hacia algún sitio, y puede que opinéis que no, pero creo que tenemos derecho a saber hacia dónde vamos.

El teniente y el doctor se miran durante una breve fracción de segundo.

—Castle Hill —responde Kurt.

—¿Castle Hill? ¿Dónde está eso?

—No muy lejos de aquí.

—¿Y qué hay en Castle Hill? —pregunta Steve.

—Una base militar. —Kurt suspira y mira a los supervivientes. Resulta curioso verle a él, con su ropa impoluta y aspecto de llevar todo el apocalipsis viviendo en un spa de lujo, junto con los